



## Capítulo uno

East End de Londres  
Enero de 1840

A *lady* Imogen Loveless le encantaban las explosiones.

Huelga decir que no era una sádica. El hecho de que una explosión pudiera causarle daño a alguien no le agradaba en absoluto. Si se lo preguntaran, respondería que lo que le daba felicidad no era que algo explotase, sino los medios por los cuales las cosas terminaban explotando.

A Imogen le gustaban los intensos destellos de luz, las oleadas de calor, el olor y el sonido; para un oído profano, era un bum, un chas, un pum o un fiu, pero a menudo se trataba de una combinación mágica que creaba una nueva palabra. Cataplún, pumba, tristrás.

Si alguien quisiera encontrar en toda Inglaterra a otra persona que pasara tanto tiempo como Imogen pensando en los sonidos que provocaba una explosión, habría tenido que invertir sudor y lágrimas para conseguirlo. (De hecho, «¡Pam!» fue la primera palabra que pronunció Imogen, pero en aquel momento nadie le prestó suficiente atención como para oírla).

Al ser una mujer, sin embargo, y para más inri aristócrata, la gente solía ignorar aquella peculiar fascinación de Imogen, así como el resto de las otras numerosas fascinaciones peculiares que había acumulado en sus veinticuatro años de vida. En realidad, la mayor parte de la gente pasaba por alto cualquier

fascinación de la única hermana del conde de Dorrington, sobre todo porque «peculiar» ya casi bastaba como sinónimo de «poco atractiva».

Aunque ella no lo consideraba así. Le colgaron esa etiqueta prácticamente al nacer. Su padre solía llevarla a la Real Sociedad de Química cuando aún iba con babero, donde la pequeña merodeaba por el lugar, hasta que un día mezcló cal viva y agua, y estuvo a punto de prender fuego al edificio. Eso fue antes de que informaran al conde de que los niños, y sobre todo las niñas pequeñas, no podían entrar en el recinto bajo ningún concepto.

«Peculiar», susurró la sociedad cuando la pequeña siguió a su padre hasta la calle y este la felicitó con entusiasmo por el experimento.

«Qué niña tan extraña».

«Es demasiado inteligente».

«Si Dorrington no se anda con cuidado, acabará siendo algo peor que demasiado inteligente».

«Acabará siendo demasiado».

Y así había sido. *Lady* Imogen Loveless era demasiado para la sociedad y demasiado para su hermano, que se convirtió en su tutor tras el fallecimiento de su querido padre, cuando ella tenía dieciséis años; y, sin duda, era demasiado para cualquier pretendiente soltero que se hubiese atrevido a llamar a la puerta de su casa de Mayfair. Pero esa mañana del mes de enero, después de haber cumplido los veinticuatro, nadie llamó a su puerta.

A Imogen esa situación le venía de perlas, pues preferiría ser demasiado que justo lo contrario. Y si el mundo creía que ser demasiado era un inconveniente para invitarla a bailes y cenas y tés y reuniones, Imogen estaba encantada de recluírse en su taller del sótano de Dorrington House con sus tinturas y tónicos, y de quedar con sus amigas, que comprendían lo divertida e innovadora que podía ser con sus tinturas y tónicos.

Tomando el té, nadie hablaba de los sonidos que hacían las explosiones.

Resultó que esa misma mañana de enero, al alba, en el ambiente frío de una noche que no había terminado del todo, Imogen se encontraba en el lugar de una explosión. Es importante saber que Imogen no había tenido nada que ver con la explosión en cuestión. No sabía el ruido que había hecho en el momento clave, tan solo podía imaginarse que habría sido algo parecido a un trueno, teniendo en cuenta el gran estruendo que había provocado el edificio al derrumbarse.

No percibió ningún olor particular. Y si lo hubiera habido, lo habría camuflado el humo acre del fuego que había provocado el aceite al prender y la nube de polvo que había surgido del edificio, ya reducido a escombros.

Doce horas antes, el lugar de esos escombros lo había ocupado O'Dwyer and Leafé's, un taller de costura ubicado en Spitalfields entre un restaurante y una pastelería, en una abarrotada callejuela del este de Londres que no habría prosperado de no haber sido por la fama de la tienda en cuestión y de sus habilitadas propietarias, que atraía un constante flujo de mujeres. La explosión del establecimiento iba a ser una desgracia para los negocios que habían florecido alrededor. El edificio era insalvable, la única solución era trasladarse.

Un acontecimiento triste, sin duda, si bien nadie más aparte de las personas que se encontraban en los alrededores le prestaría atención.

Por lo tanto, no debería haber llamado la atención de una mujer de la aristocracia.

Y menos todavía de cuatro.

Pero aquel no era un edificio cualquiera y ellas no eran unas mujeres cualesquiera.

De ahí que, en aquella mañana londinense gris, espesa por la

amenaza de frío gélido y del silencio en particular de un edificio que había sido arrasado por completo, Imogen y sus tres acompañantes se hallaran en el centro mismo de los escombros de un lugar ya vacío, que daba a la calle y al cielo, entre El Tambor Vacío y la Deliciosa Pastelería de la señora Twizzleton.

El cuarteto de mujeres estaba al mismo tiempo tan fuera de lugar como al cargo de la situación.

Eran las Campanas del Infierno, objeto de toda clase de rumores en los salones de baile y en los restaurantes de todo Londres, un equipo de mujeres (¿eran cuatro?, ¿cuarenta? A veces parecían cuatro mil) que se habían hecho un nombre por provocar que la peor y más corrupta calaña cayera en desgracia cuando aquellos que ostentaban el poder se negaban a hacerlo.

Pocas personas conocían la identidad de las integrantes de la banda, y mucho menos la de las cuatro fundadoras; a fin de cuentas, cuando se trataba de mujeres, la gente casi nunca prestaba atención. Y las Campanas del Infierno, que estaban encantadas con que las hubieran bautizado así (supuestamente el apodo provenía de una fuente de Scotland Yard), se aprovechaban de esa falta de atención con mucho gusto y se ocultaban a plena vista.

Si uno se fijaba, tal vez las vería a las cuatro juntas en un salón de baile de Mayfair, en un restaurante de Kensington o en tiendas de Bond Street, donde el dinero y el poder y la moda propiciaban cierta clase de invisibilidad. También se encontraban como en casa en Covent Garden, donde un buen abrigo y un cochero de confianza podían mantener oculta la identidad de una mujer. Pero ¿vestidas con sedas y satenes de colores vivos y con flamantes abrigos, merodeando en la gris mañana cubierta de hollín del East End?

Eso era una cosa totalmente distinta. Las mujeres elegantes no iban al East End.

Sin embargo, no sucedía todos los días que alguien hiciera es-

tallar un negocio financiado por una duquesa pudiente —por dos duquesas pudientes— y por las hijas de dos condes igualmente ricos.

Y por eso... En fin. Se habían visto obligadas a acudir.

Una obligación que, en ese caso, significaba que *lady* Imogen, férrea amante de todo tipo de explosivos y una habilidosa experta en la cuestión por propio derecho, había ido allí a investigar. Los olores. Los sonidos. El desarrollo en sí del estallido.

Se agachó entre los escombros y observó las largas líneas de negro hollín que recorrían el lugar que en el pasado había albergado la mesa de las cintas, y que se había desintegrado bajo la potencia de la explosión.

Tras levantar la vista, Imogen reparó en la pared de ladrillos medio derruida que estaba detrás de ella, donde el calor había agrietado y destrozado el espejo que tiempo atrás separaba la parte principal del establecimiento de la trastienda. Arriba, los tablones de madera habían ardido y dejado tras de sí solo la estructura de unas escaleras que ascendían desde la planta baja. El segundo y el tercer piso se habían desintegrado y dejado paso al cielo.

Imogen respiró hondo una bocanada de aire lleno de humo, azufre y fría lluvia.

—Es evidente que han hecho un buen trabajo, ¿no os parece?

Aquellas palabras flotaron en un momentáneo silencio, antes de que se girara a mirar a las dos mujeres que la contemplaban con una ligera expresión de reprobación.

—¿Qué ocurre? —Parpadeó.

—¿Te importaría sonar un poco menos impresionada por la destrucción de todo un edificio? —terció la duquesa de Trevescan.

Imogen se limitó a encogerse de hombros.

—Quienquiera que lo haya hecho sabía bien dónde colocar los dispositivos...

—Y cuándo colocarlos. —Sesily Calhoun se encontraba en el umbral ya desaparecido y observaba la calle que se extendía más allá, donde unos cuantos madrugadores ya iban de camino a dar comienzo a su día—. Lo bastante tarde como para que si alguien rondaba por aquí...

—No viese nada. —Adelaide Carrington, que recientemente se había convertido en la duquesa de Clayborn, regresaba de la parte trasera del edificio—. La norma más antigua de la Ribera Sur. Ver, oír y callar. —Blandía un puñado de papeles—. Los he encontrado. Estaban en una caja escondida en el suelo de la trastienda, como aseguraba Erin.

—Excelente —dijo la duquesa de Trevescan, incapaz de ocultar el alivio en tanto Adelaide se reunía con ella junto a las escaleras. En manos inapropiadas, aquellos documentos, que Frances O'Dwyer y Erin Leafe habían guardado con cuidado y que Adelaide acababa de recuperar, destruirían muchas vidas—. Y no es necesario que nadie vea, oiga y calle nada. Imogen se enterará de todos modos.

—Y los periódicos la alabarán de nuevo. —Sesily se rio.

No siempre eran alabanzas, pero tanto daba el apodo que les pusieran —respetable (las Campanas del Infierno), salaz (¡Las Justicieras!) o revolucionario (Defensoras de la Gente Corriente)—: la información corría gracias a todos aquellos que disfrutaban al leer noticias acerca de poderosos cuyas acciones salían por fin a la luz.

Y eran estos últimos quienes colocaban bombas en lugares donde las mujeres, ajenas al poder, se congregaban y compartían ideas. Lugares como O'Dwyer and Leafe's.

Era indudable que, en los dos años que habían transcurrido desde que las Campanas no solo habían empezado a defender a quienes el poder y los privilegios del Parlamento ignoraban —a las mujeres, a los niños, los trabajadores y los pobres—, sino que

también habían derrotado y castigado a hombres con poder y privilegios, la situación se había vuelto más complicada.

La aristocracia estaba que ardía por el hecho de que una mujer ocupara el trono de Inglaterra. La sola idea de romper con una tradición de generaciones... bastaba para que ese incendio se convirtiera en algo muchísimo más poderoso. Y explosivo.

El resultado era más furia contra las mujeres. Más editoriales exaltados acerca del sexo más débil. Más artículos que advertían acerca de mujeres que cada vez ostentaban más conocimientos y fuerza, acerca de trabajadores que conseguían derechos, inmigrantes que alcanzaban la igualdad, pobres que pedían dignidad y los peligros de mandar a los niños a estudiar y no a trabajar.

«Una reina y todas esperan que se las trate como a la realeza», se murmuraba.

Por no hablar de las explosiones. En tres meses, fueron tres los establecimientos que volaron por los aires, todos con una parte principal y una trastienda. Un negocio de cara a la galería y uno a escondidas. El oculto, mucho más importante que el público. Y, por supuesto, más peligroso.

Una pastelería de Bethnal Green que hacía las veces de escondite para mujeres que huían de los hombres que utilizaban la crueldad y el poder como armas, una imprenta de Whitechapel donde se reunían trabajadores que pedían mejores condiciones y planeaban huelgas, y donde se encontraban en aquel momento, el taller de costura de O'Dwyer y Leafé, que ocultaba una clínica de salud solo para mujeres.

Todo reducido a escombros a manos de unos monstruos con ciertos conocimientos científicos, habilidades rudimentarias y total ausencia de humanidad.

—Tened cuidado con las escaleras —dijo Imogen sin levantar la vista del punto que estaba inspeccionando—. No son seguras.

La duquesa quitó la mano de la barandilla, que permanecía intacta.

—No sé si preguntarlo, pero... ¿hay algo aquí que sea seguro?

Imogen no respondió, estaba demasiado concentrada en el escrutinio.

—Imogen... —Adelaide se recolocó las gafas—. ¿Hay algo que sea seguro?

—¿Mmm? —Imogen levantó la vista—. Ah, lo más probable es que no. —Las otras tres mujeres intercambiaron una mirada que no era poco frecuente cuando se trataba de la alborotadora de su amiga—. Sesily, ¿me acercas mi bolsa, por favor?

Sesily miró con recelo el maletín que Imogen había dejado junto a lo que antes había sido la puerta de la tienda.

—Preferiría seguir con vida, Im, la verdad.

—No te preocupes. —Imogen señaló las escaleras con un gesto—. No te pasará nada si evitas subir.

La duquesa y Adelaide se apresuraron a dirigirse hacia el extremo opuesto del establecimiento mientras Sesily le entregaba la bolsa. Imogen abrió el maletín y hurgó en lo que llevaba en tanto la duquesa miraba hacia la calle, donde había más vida que treinta minutos antes.

—Deprisa —murmuró—. Cuanto más nos quedemos por aquí, más probable será que alguien haga preguntas.

Tras extraer un frasco pequeño, Imogen recogió un poco del hollín de la explosión, además de una esquirla de cristal. Albergaba la esperanza de que en ese fragmento hubiese un rastro del aceite que se había usado para la explosión.

—Ya casi estoy.

—No ha sido mi padre, ¿verdad? —preguntó Adelaide desde una distancia segura.

—A los muchachos de tu padre les falta delicadeza. —Imogen negó con la cabeza—. No te ofendas.



—No me ofendo, tranquila. —Adelaide se rio—. La delicadeza no es precisamente una cualidad imprescindible para los pistoleros a sueldo y los matones de Lambeth. —Eso y que Alfie Trumbull, su padre y líder de Los Pendencieros, la banda de delincuentes más grande de la Ribera Sur, había prometido hacer borrón y cuenta nueva ahora que tenía a un duque como yerno. Resultó que la esperanza de tener a un nieto con título conseguía que hasta el criminal más duro valorase sentar la cabeza. O lo que significase eso en ese tipo de círculos—. En ese caso, ¿quién ha sido? —prosiguió Adelaide ajustándose las gafas.

—Alguien competente... —masculló Imogen. Utilizó un cepillo de cerdas de jabalí para barrer el polvo, sumamente concentrada y buscando algo con esmero—. Pero faltó de imaginación. Es el mismo dispositivo explosivo que usaron la otra vez, y también en la anterior a esa. El mismo polvo explosivo. El mismo patrón explosivo.

—¿Faltó de imaginación? ¿O faltó de preocupación por si lo apresaban? —preguntó la duquesa.

—Es probable que las dos —respondió Imogen.

Sesily se metió un caramelo de limón en la boca y se ciñó el abrigo escarlata.

—De acuerdo, así que Imogen está cerca de descubrir quién ha sido... ¿Y el motivo?

—Siempre es el mismo. A los poderosos no les agrada que nadie escape a su control —dijo la duquesa con repulsa mientras le daba un puntapié a un ladrillo—. Pero ¿el mismo tipo malvado? ¿En los tres sitios? ¿Con tres objetivos distintos?

—Yo no he dicho que haya sido el mismo —matizó Imogen levantándose—. He dicho que la bomba la ha puesto la misma persona.

—Es decir, un mercenario —terció Adelaide.

—Vas a tener que ir a ver a tu padre, Adelaide. —La duquesa la

miró a los ojos—. Si no han sido Los Pendencieros quienes han volado esta tienda...

—Seguro que tiene alguna idea de quién ha sido. —Adelaide asintió—. Necesitamos su nombre. Y pronto. —Se giró y miró hacia la calle. El sol había salido y la gente se vestía y desayunaba... y se acercaría a curiosar.

La duquesa señaló los papeles que llevaba su compañera y le indicó con la barbilla el carruaje que las guardaba.

—Más vale que los guardes antes de que alguien se dé cuenta de que hemos encontrado algo que no se ha quemado.

La duquesa de Clayborn asintió y, después de calarse la capucha del abrigo para cubrirse la melena rojiza, salió a la calle y se encaminó hacia el carruaje.

—Vámonos, Imogen. —Sesily se estremeció.

—¡No puedo ir más rápido! —exclamó la aludida sin levantar la vista de su labor, que llevaba a cabo con celeridad y prudencia, consciente de que se les acababa el tiempo—. ¡Ajá! —dijo al fin—. ¡Lo tengo!

«Por fin». Un pedazo de tela. Lo levantó con cuidado del polvo y extrajo un segundo frasco de su maletín.

Sus acompañantes se quedaron paralizadas, y la duquesa dio un paso adelante para mirar por encima del hombro de Imogen, quien estaba guardando el tesoro en el maletín.

—¿Qué hace que sea diferente de las otras telas chamuscadas y reducidas a cenizas?

—Quizá nada —contestó Imogen. Recolocó los frascos en su maletín antes de sacar la libretita y el lápiz que llevaba en el interior de la manga de su abrigo azul claro—. Pero este tejido ya lo he visto antes. En la pastelería y en la imprenta, donde no abundan las telas.

Tras abrir la libreta, tachó varios elementos escritos: combustible, detonador, hollín.

Sesily verbalizó su admiración.

—Bien hecho, Im.

—En efecto —añadió la duquesa—. Pero, puesto que nos estamos llevando una prueba fundamental de la escena del crimen, creo que lo mejor es que nos marchemos cuanto antes. Los agentes de Scotland Yard no tardarán en aparecer.

—¿Tú crees que van a dedicar tiempo a investigar un taller de costura de Spitalfields? —se burló Imogen. Cogió el maletín y se dispuso a seguir a sus amigas, que ya se dirigían hacia el carruaje para reunirse con Adelaide—. Ni un solo agente de la policía metropolitana va a querer encargarse de esto.

—Me temo que está equivocada, *milady*. —Una voz grave se dirigió a ella desde la parte trasera del edificio derruido. Las tres mujeres se quedaron inmóviles en el lugar que tiempo atrás separaba el interior y el exterior del establecimiento. El rostro de Adelaide apareció en la ventanilla del carruaje, con los ojos abiertos como platos y clavados detrás de sus amigas.

Clavados en el hombre que tenían justo detrás.

Algo ocurrió en el pecho de Imogen. Un estallido, un vuelco que no difería demasiado de la explosión que las había convocado allí.

Que lo había convocado a él allí.

Se giró, codo con codo con sus amigas, y lo miró a los ojos, oscuros y exasperados bajo el sombrero de ala estrecha. Tan exasperados como las palabras que gruñó.

—¿Qué hacen ustedes aquí?